

Rutas de don Vasco

Rodrigo Martínez Baracs

La ruta de don Vasco, Madrid/Barcelona, Madrid/Morelia, Lunweg Editores/Secretaría de Turismo del Gobierno del Estado de Michoacán, 2007.

Este año ha sido generoso por la aparición de muy valiosos libros michoacanos, muchos de ellos de tema histórico, como los dos volúmenes de *Estudios sobre el Michoacán colonial*, de J. Benedict Warren, que editó Gerardo Sánchez Díaz y publicó Fímax Publicistas en coedición con la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Otros, caros pero magníficos, lo son porque en ellos se conjuga la historia con la imagen fotográfica, no sólo bella sino importante como fuente histórica.

Uno de estos es un amplio tomo de 34 por 30 centímetros, *Viaje por sendas purépechas*, editado por la revista *Artes de México* en coedición con la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Michoacán. Tras el prólogo de Lázaro Cárdenas Batel, aún gobernador en 2007, el libro incluye varios estudios, en su mayor

parte inéditos, y todos ellos muy valiosos. El libro nos propone tres viajes: por la memoria purépecha, por las fiestas purépechas y por los territorios purépechas. El “Viaje por la memoria purépecha” incluye los siguientes ensayos: “Tarascos nómadas y sedentarios” de Alfredo López Austin, “Sobre el nombre tarasco” de Nicolás León, “Una visión de los tarascos” de Otto Schöndube B., “La jícara de Uruapan” de la poetisa chilena Gabriela Mistral, “La victoria purépecha” de Miguel León-Portilla “Actitudes ante la muerte” de Juan Pedro Viqueira, “Visita de la muerte” de Ismael García Marcelino, “La ofrenda” de Nelson Jerónimo Cayetano, y “El reino de Michoacán, este paraíso terrenal” de David Brading. “El Viaje por las fiestas purépechas” incluye dos estudios: “Origen y organización de las fiestas” de Catalina Velázquez Morales y “Fiestas de Michoacán” de Ruth D. Lechuga. Y el “Viaje por los territorios purépechas” incluye los ensayos “El imperio de la luz” de Felipe Garrido, “El país de los purépechas” de Luis González y González, y “Viaje en la memoria” de Eusebio Leal Spengler. No puedo por ahora detenerme a comen-

tar estos ensayos ni a encomiar a sus autores.

Enriquecen aún más al libro las fotografías de las “sendas purépechas” de Michoacán, tomadas por Pablo Aguinaco, Luis Arias Ibarrondo, Lorenzo Armendáriz, Ruth D. Lechuga, Marco Antonio Pacheco y otros fotógrafos, que nos presentan un Michoacán indio que también es mestizo, antiguo y moderno, colorido y alegre pero también profundo, una naturaleza virgen y humanizada que urge preservar, valorar e integrar a nuestras vidas.

Otro libro se titula *Las guatáperas*, una edición fuera de comercio publicada por la empresa Rotodiseño y Color, S.A. de C.V., con textos del gran historiador J. Benedict Warren y de la recién doctorada Sara Sánchez del Olmo, y magníficas fotografías de guatáperas u hospitales michoacanos de Luis Arias Ibarrondo (uno de los principales fotógrafos, como vimos, de *Viaje por sendas purépechas*). El ensayo de Warren, sobre los “Pueblos hospitales y hospitales de pueblos”, no es una mera repetición o resumen de sus antiguos o recientes estudios sobre el oidor y obispo Vasco de Quiroga y sus pueblos-hospitales

de Santa Fe, sino que es un verdadero y elegante enriquecimiento de la información, proveniente de nuevas lecturas y de su visita en el año 2000 a Madrigal de las Altas Torres, donde nació Vasco de Quiroga. Allí encontró que la iglesia parroquial, con “la torre más notable de la población”, estaba dedicada a San Nicolás de Bari, San Nicolás Obispo, de donde vino el nombre del colegio que fundó Quiroga en Pátzcuaro hacia 1539, antecedente de la universidad nicolaíta.

Warren encontró también en Madrigal un Real Hospital que la reina doña María de Aragón mandó construir en 1443 y que en los años en que estuvo Quiroga en Madrigal “se llamó Hospital de Nuestra Señora de la Concepción”.

Warren halló también que en la capilla del hospital se ubica la imagen patronal de la villa, el Cristo de las Injurias, cuya fiesta, la principal de la villa, se celebra el 14 de septiembre, día del Triunfo o Exaltación de la Santa Cruz, fiesta que elegiría Quiroga para celebrar en los pueblos-hospitales de Santa Fe que en 1532 y 1533 fundó cerca de la ciudad de México y del lago de Pátzcuaro. También observa que Quiroga “nunca mencionó esta relación con su villa natal”.

Warren distingue dos vertientes emparentadas de la tradición europea de fundaciones hospitalarias: la de Vasco de Quiroga, el cual creció en presencia de un Hospital Real, con la tradición de la Orden de San Juan (a la que pertenecía Quiroga, según Armando Mauricio Escobar Olmedo, aunque Warren lo duda); y la vertiente gallega, para atender a los peregrinos del camino de Santiago, de los hospitales fundados por franciscanos como fray Juan de San Miguel. Pero ambas se unen en la tradición hospitalaria gallega (la familia de don Vasco es de proveniencia gallega) y en el culto a la Inmaculada Concepción. El hospital que fundó el obispo

Quiroga en la ciudad de Pátzcuaro estaba dedicado a Santa Marta y la Asunción de la Virgen, debido a su adscripción episcopal. Pero a partir del regreso de Quiroga de España en 1554 se generalizó la advocación de la Inmaculada Concepción en todos los hospitales que fundaron el obispo, los franciscanos y los agustinos.

El documentado estudio de Sara Sánchez del Olmo sobre “Los hospitales de indios en Michoacán: el proyecto de Vasco de Quiroga y su evolución” sirve de marco histórico a la valiosísima y única serie de fotografías de hospitales michoacanos y sus capillas, tomadas por Luis Arias Ibarro.

El tercer libro que comentaré es el que hoy recibimos y festejamos, también de tema michoacano y quiroguiano, con textos de varios autores, todos ellos nicolaítas, y magníficas fotografías de Adalberto Ríos Szalay y Ernesto Ríos Lanz. Se trata de *La ruta de don Vasco*, brillante y voluminoso tomo editado por Lunewerg Editores en coedición con la Secretaría de Turismo del Gobierno del Estado de Michoacán. Una idea central del libro es la propuesta de un turismo michoacano específicamente cultural, interesado en las riquezas históricas, antropológicas, culturales y naturales del estado.

Después de los prólogos del entonces gobernador Lázaro Cárdenas Batel y del secretario de Turismo, Genovevo Figueroa Zamudio, el fotógrafo Adalberto Ríos Szalay presenta un texto titulado “La ruta de don Vasco” con un recorrido por las riquezas michoacanas que él retrató en sus fotografías. Y al final aparece una propuesta, ciertamente amplia, de “Los 11 circuitos de la ruta de don Vasco”.

Los textos de interés histórico incluidos son útiles e informativos. Mi viejo amigo Gerardo Sánchez Díaz, director del Instituto de Investigacio-

nes Históricas de la Universidad Michoacana, escribió un ensayo titulado “Vasco de Quiroga y la esperanza del futuro”, en el que, saltándose discusiones sobre minucias históricas (como la fecha de su nacimiento), intenta aprehender la relevancia de la vida y la obra de Quiroga para nosotros. Gerardo Sánchez menciona cuatro grandes significados sobre los que conviene reflexionar, comenzando por “la tradición indigenista quiroguiana”:

La defensa de los derechos de los pueblos indígenas, tanto lacustres como serranos de Michoacán, modeló con el paso del tiempo lo que hasta nuestros días conocemos como la tradición indigenista quiroguiana, que se convirtió en devoción y forma de identidad de los indígenas, aun a siglos de su muerte. [...] La memoria de tantos beneficios se conserva tan viva en aquellos naturales, después de pasados los siglos, como si todavía viviese su bienhechor. El primer cuidado que tienen las indias, cuando sus hijos empiezan a hacer uso de la razón, es hablarles de Tata Vasco (así lo llaman todavía por el amor filial que le conservan), declarándoles lo que hizo a favor de su Nación, enseñándoles su retrato, y acostumbrados a no pasar nunca delante de él sin arrodillarse.

El segundo significado de Vasco de Quiroga es haberse convertido en “un apoyo moral para la sobrevivencia de la identidad de todos los michoacanos”.

El tercero resulta de la enorme cantidad y calidad de los estudios que se han escrito en México y el extranjero sobre Quiroga, particularmente los de don Silvio Zavala (que felizmente cumplió ya 99 años), que refuerzan su figura como la de un “Quijote de las utopías renacentis-

tas, autor de ideas que aún siguen en proceso de construcción, a pesar de los modelos impuestos por el modernismo y la globalización, carentes de principios humanitarios”.

Y en cuarto y último lugar Gerardo Sánchez prefiere hacer suyas “las palabras que hace medio siglo escribiera el gran educador de la juventud mexicana, don Miguel Arroyo de la Parra”, quien escribió en su libro *Don Vasco de Quiroga nos llama a la pelea* (que Gerardo Sánchez tiene en su biblioteca):

Vasco de Quiroga, con todo y su báculo episcopal, pertenece a nuestro pueblo, pertenece al porvenir. De análogo modo que Hidalgo, con su traje talar y su estandarte guadalupano, insurgiendo contra el pasado colonial es símbolo de México y nada tiene en común con los que ayer lo excomulgaron y execraron y hoy oportunistas celebran allí *te deums* en su homenaje; Quiroga visto con riguroso sentido histórico, es antípoda del sentido acomodaticio, pertenece por entero a los que en esta hora batallan por abrir caminos a la aurora, por desbrozar la senda a una sociedad basada en la propiedad colectiva de los medios de producción en donde, por tanto, extinguidas las causas que labran la injusticia social, el indio como el negro sean iguales al blanco y al mestizo. [...] Vasco de Quiroga nos llama a la pelea en defensa de los pueblos indígenas de México; para romper las ataduras políticas que impiden su desarrollo democrático; para destruir las desigualdades económicas que causan su hambre y su miseria; porque dejen de ser considerados cual menores o incapaces, necesitados de protección o de tutela y se eleven al pleno goce de su dignidad de hombres; por ayudarlos a desarrollar una cultura de per-

files propios, nacional por su forma; moderna y avanzada por su contenido.

Me parece que en esta canonización laica e izquierdista de la figura de Vasco de Quiroga se desatiende su dimensión religiosa, presente sin embargo en la mayoría de las fotos del libro. Quiroga fue obispo de Michoacán y uno de sus principales propósitos fue destruir la religión de los indios e imponerles la religión católica, junto a la dominación española, por las buenas o las malas, aunque de preferencia por las buenas.

A propósito de la confluencia de la búsqueda de la canonización laica y religiosa de don Vasco, hubiera sido de interés recordar el debate de Edmundo O’Gorman y Justino Fernández contra Silvio Zavala y Genaro Estrada, en 1937, a propósito del supuesto comunismo de la *Utopía* de Tomás Moro, que retomó Vasco de Quiroga en sus pueblos hospitales de México y Michoacán, y que el socialismo cardenista quiso retomar con el utopismo quiroguiano. Santo Tomás Moro, nos recuerda O’Gorman, murió decapitado por defender la religión católica y fue canonizado (él es el santo de los políticos). Y la idea de comunidad de Tomás Moro y Vasco de Quiroga tiene sus orígenes en el cristianismo primitivo y en las comunidades cristianas monásticas, muy lejanos del comunismo moderno ateo. Mucho ha cambiado el mundo desde entonces hasta ahora, cuando se dio una confluencia de la izquierda con la Iglesia y el indigenismo, que confluye con el tradicional catolicismo del PAN y el decreciente laicismo del PRI. Pero mejor prosigamos nuestro repaso de los artículos de *La ruta de don Vasco*.

J. Benedict Warren, el mejor conocedor del siglo XVI michoacano, y él mismo michoacano y nicolaíta por

adopción, presenta una faceta también laica de la figura de Quiroga, cuando éste todavía no era sacerdote y fungió como juez, el licenciado Quiroga, en Orán (en el occidente de la actual Argelia), recién conquistado por los españoles, ansiosos de prolongar hacia el sur la reconquista en el norte de África. El licenciado Quiroga también participó como diplomático en el tratado de paz con el rey de Tremecén, y aprendió a conocer y negociar con pueblos no cristianos, lo cual lo preparó para su futura experiencia mexicana y michoacana.¹

Ricardo León Alanís, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana, escribió dos ensayos, uno sobre “Vasco de Quiroga y la *Utopía* de Tomás Moro” y otro sobre “Vasco de Quiroga y el Colegio de San Nicolás en Pátzcuaro”, en el que precisa que en el Colegio de San Nicolás “los estudiantes españoles que se criaban para servir como futuros clérigos en la diócesis eran [...] los únicos y verdaderos colegiales”, pero que varios indios también podían ser admitidos como estudiantes externos, no colegiales. De este modo, sí se produjo en el Colegio de San Nicolás el valioso intercambio lingüístico y cultural entre indios y españoles que destacaron el padre Francisco Miranda y José María Kobayashi.

¹ J. Benedict Warren descubrió y estudió la fase africana de la trayectoria de Quiroga en el Viejo Mundo antes de su venida al Nuevo, en *Vasco de Quiroga y sus hospitales-pueblo de Santa Fe*, traducción de Agustín García Alcaraz, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1977, cap. I. Presentó la historia con más detalle y la documentación original en *Vasco de Quiroga en África*, Introducción (traducida por Agustín García Alcaraz revisada por Zenaida Adriana Pineda Soto) y preparación de los documentos por J. Benedict Warren, Morelia, Fimax Publicistas (Quiroguiana, 2), 1998, 148 pp.

Complemento de este ensayo sobre el Colegio de San Nicolás es el que dedicó Igor Cerda Farías a “Los estudios en tiempos de Vasco de Quiroga”, aportando información sobre los estudios realizados en los conventos michoacanos de los franciscanos y agustinos, particularmente en el de Tiripetío, hoy dependencia de la Universidad Michoacana en la que trabaja Cerda Farías. En el convento agustino de Tiripetío coexistía una escuela para niños indios, aunque no fueran nobles, con un grupo de artesanos y maestros españoles que transmitían sus conocimientos a artesanos indios, y con el famoso Colegio de Estudios Mayores, el primero de América, donde fray Alonso de la Veracruz logró que se impartieran cursos de artes (el *Trivium* y el *Quadrivium*) y de Teología (Sagradas Escrituras, san Agustín, santo Tomás y otros grandes teólogos). Fray Alonso de la Veracruz trajo una gran biblioteca y, como se sabe, el príncipe y gobernador michoacano don Antonio Huítzímengari fue tanto alumno como maestro, y amigo, del sabio agustino.

J. Ricardo Aguilar González, también del Instituto de Investigaciones Históricas, ofrece un amplio recorrido sobre “Vasco de Quiroga en Tzintzuntzan”, que va “del *Irechequaro* tarasco [pronúnciese *iréchequaro*] a la ciudad india y española de Michoacán”. Tiene la amabilidad de citarme a propósito del proyecto quiroguiano de fundar en Tzintzuntzan una ciudad tanto india como española de Michoacán (aunque no a propósito de la oposición de Tzapicua y el apoyo de don Pedro Cuínierángari al traslado de Tzintzuntzan a Pátzcuaro de las capitales india, española y eclesiástica de Michoacán).

Armando Mauricio Escobar Olmedo, del Archivo Histórico Municipal de Morelia, escribió un ensayo sobre “Vasco de Quiroga, arquitecto

y urbanista innovador”, el único que menciona, si bien de manera sucinta, los grandes conflictos en los que participó Quiroga:

Sus soluciones tienen un profundo sentido moral, frente a muchos de los valores y organizaciones medievales ya caducos, como hombre renacentista dará con vigor respuestas prácticas de gran sentido social, muchas de ellas innovadoras y que chocaron fuertemente con los principales exponentes y representantes del antiguo orden, a quienes tuvo que enfrentarse en largas luchas, las más de ellas legales: con los encomenderos, y en especial, con Juan Infante, el cual había usurpado gran cantidad de pueblos en la región de la laguna de Michoacán (Pátzcuaro) para poder oprimirlos; con los mismos encomenderos por rehusarse a vivir con los naturales en la ciudad de Granada primero y en Michoacán-Pátzcuaro después, y fundan, con la complicidad del virrey Antonio de Mendoza, la Nueva Ciudad de Michoacán en Guayángareo; con el obispo Zumárraga por la cuestión de los límites con el obispado de México o Maraver con el de Nueva Galicia; con los agustinos por el convento de Tlazazalca, o con Martín Cortés por querer apoderarse de Santa Fe de México y, en fin, con virreyes, encomenderos y alarifes que se opusieron a la construcción de su gran catedral. Larga vida llena de intensas luchas.

La prisa impuso aquí a Escobar Olmedo una exposición simplificada de las luchas de Quiroga, que parecen reducirse a una oposición de sus ideales renacentistas, morales y sociales, contra el antiguo orden medieval y atrasado. Esta oposición no difiere mucho de la del bien contra

diferentes encarnaciones del mal. Es necesario problematizar el humanismo renacentista, que Escobar Olmedo opone al atraso medieval y Sánchez Díaz a la actual globalización depredadora. No debe olvidarse que, con todas sus virtudes, el humanismo del siglo XVI no pudo quitar la tutela de la Iglesia sobre el pensamiento, lo cual sólo conseguirían a partir del siglo XVII, la Revolución Científica y la Ilustración.

Juan Carlos Cortés Máximo, también del Instituto de Investigaciones Históricas, y oriundo del pueblo de Santa Fe de la Laguna, dedicó su contribución a rescatar parte de la “Memoria y tradición quiroguiana en Santa Fe de la Laguna”. Los españoles escribieron Guayameo, el nombre original del pueblo donde el licenciado Quiroga estableció el pueblo hospital de Santa Fe de la Laguna, pero Cortés Máximo escribe Ueamuo, cuyos antiguos habitantes eran los *apachecha* (pronúnciese *ueámuo* y *apáchecha*), que hasta la fecha conservan la memoria de Tata Vasco y siguen muchas de las prácticas que estableció en el pueblo-hospital.

Finalmente, Silvia Figueroa Zamudio, la única mujer colaboradora de *La ruta de don Vasco*, ella misma historiadora y rectora de la Universidad Michoacana, escribió sobre “El blasón de don Vasco, escudo de la Universidad Michoacana”, que es un estudio de los que aportan más información, bien sistematizada, del libro. Con un buen manejo del peculiar lenguaje especializado de la heráldica española, Figueroa Zamudio sigue las transformaciones del escudo de armas de la familia Quiroga, desde sus orígenes en la villa de Madrigal de las Altas Torres hasta el Colegio de San Nicolás de Pátzcuaro, trasladado a Valladolid, abolido durante la guerra de Independencia, “castigo que le fue impuesto porque en sus aulas se formaron los iniciado-

res del movimiento”, y reabierto en 1847, nuevamente cerrado en 1863 por las tropas leales a Maximiliano y reabierto en 1867 con la restauración de la República, y transformado en 1917 en Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

No cabe duda de que la visión que transmiten los ensayos de *La ruta de don Vasco* es una visión positiva del obispo de *Utopía*, demasiado positiva, pues evita los conflictos en los que se vio envuelto Quiroga (sus luchas con los frailes franciscanos y agustinos, su alianza con el arzobispo Montúfar por intentar imponer el cobro del diezmo eclesiástico a los indios, su censura inquisitorial contra el franciscano Gilberti, su posible autoría del tratado *De debellandis indis* [Sobre la guerra contra los indios], entre otros), y que elude sobre todo a tratar de entender estos conflictos, que bien vistos y entendidos, en nada reducen la grandeza de la persona y la obra de don Vasco.

Pero, junto a los ensayos, las fotografías de Adalberto Ríos Szalay y Ernesto Ríos Lanz le dan un carácter excepcional al libro. Son notables las fotos de Madrigal de las Altas Torres, la villa natal de don Vasco, en las que

sobresale la austera iglesia de San Nicolás de Bari, inspiración de Quiroga y origen del nombre nicolaíta de la Universidad Michoacana. Destaca también la fotografía de la pila donde fueron bautizados tanto Isabel la Católica como Vasco de Quiroga.

Asimismo destacan las fotografías de los murales recién descubiertos en el convento de Tzintzuntzan, gracias a los empeños de la asociación civil Adopte una Obra de Arte, al igual que los interiores de las iglesias de Zacán, Nurío y Tupátaro. Varias son fotografías aéreas, bellísimas en los atardeceres y las distintas luminosidades, y nos muestran los espacios michoacanos como rara vez tenemos el privilegio de verlos: los lagos, la sierra, las yácatas de Tzintzuntzan, la catedral de Morelia, el convento de Tzintzuntzan, las iglesias de Pátzcuaro. Cuando supe que el presidente Felipe Calderón había llevado a la reina de Dinamarca y a su príncipe consorte en helicóptero a ver el cráter del Parícutin y la torre de la iglesia de San Juan Parángaricutiro surgiendo de la lava, me entró envidia por no haber podido estar allí, pero el libro *La ruta de don Vasco* me la curó un poco con las fotos del cráter y de

la torre tomadas desde un helicóptero. También me dio envidia cuando mi amigo el cronista de Pátzcuaro, Enrique Soto González, le enseñó los restos de don Vasco en su mausoleo a mi mujer Miruna Achim, interesada en las reliquias de los obispos, y yo no estuve con ellos por dar una clase sobre historia a niños en el Molino de Eróngaricuaru. Pues bien, en *La ruta de don Vasco* también aparece una fotografía, la última del libro, del relicario dorado de los huesos de don Vasco, tocado con devoción por las manos de una señora y un señor michoacano, que entienden mejor que muchos el verdadero sentido de la santidad, que sin duda merece, con todo y su fuerte personalidad y sus conflictos, el gran obispo de *Utopía* Tata Vasco de Quiroga, junto con varios otros religiosos del riquísimo, conflictivo y dramático siglo XVI michoacano (como el franciscano fray Jacobo Daciano, príncipe danés). Todo esto dicho a sabiendas de que no tengo vela en este entierro y de que la religión católica, con todas sus virtudes y su sabiduría, se volvió limitante en el desarrollo humano al postularse en la América española como única, verdadera y monopólica.

